

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 707 – Martes 27 de Diciembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Mensaje de Navidad de S.M. el Rey, 2022**
- ✚ **Navidades: la auténtica Fiesta Nacional**, *Roberto L. Blanco Valdés*
- ✚ **La nueva huida a Egipto**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Vete ya**, *José María Nieto Vigil*
- ✚ **La copa de Tezanos**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **La fiscalidad, ejemplo del mal quehacer sanchista**, *Ignacio Ruiz-Jarabo*
- ✚ **No son «progres» son reaccionarios**, *Carlos Martínez Gorriarán*

Mensaje de Navidad de S. M. el Rey 2022

Palacio de La Zarzuela. Madrid, 24.12.2022

Buenas noches,

Me alegra mucho poder estar en vuestros hogares y seguir cumpliendo con esta tradición de transmitir mis mejores deseos, sobre todo de paz, en esta Nochebuena; y también de compartir con vosotros algunas reflexiones sobre los acontecimientos más relevantes del año que ahora termina.



El 2022 ha sido –está siendo todavía– complicado y difícil. Como no han sido nada fáciles los últimos años. Cuando creíamos haber superado lo peor de la pandemia -sin duda, la mejor noticia- en el mes de febrero Rusia invadió Ucrania y, desde entonces, hemos sido testigos de 10 meses de una guerra que ya ha causado un nivel de destrucción y ruina difíciles de imaginar en nuestra realidad cotidiana. Hemos vivido el sufrimiento del pueblo ucraniano y seguimos sintiendo, con una profunda tristeza, la pérdida de miles de vidas humanas.

A los ucranianos refugiados en nuestro país y a todos sus compatriotas les enviamos, especialmente hoy, nuestro recuerdo y afecto.

Estamos así, ante una nueva guerra en Europa, en las fronteras de algunos de nuestros socios europeos y aliados, y, por tanto, cerca de nosotros; y que no solo afecta a Ucrania, sino que tiene una trascendencia global.

Por ello, nuestra seguridad también se ha visto afectada. España, además de reforzar con nuestros aliados la capacidad de defensa colectiva, se ha unido a la inmensa mayoría de la comunidad internacional para apoyar a Ucrania; y para reafirmar su compromiso de que la soberanía, la integridad territorial y la independencia de los Estados son principios irrenunciables de un Orden Internacional basado en reglas y que siempre debe buscar la paz.

En ese sentido, la cumbre de la OTAN que se celebró en España, en Madrid, sirvió para reforzar la unidad de todos los miembros de la Alianza, y también de la Unión Europea.

Esta guerra, junto a los efectos también de la pandemia, está teniendo, además –como es evidente–, un profundo impacto sobre la economía; ha provocado una crisis energética con consecuencias graves en la industria, el comercio, el transporte y particularmente en las economías familiares.

La subida de los precios, especialmente de los alimentos, provoca inseguridad en los hogares. Tener que hacer frente a gestos cotidianos, como encender la calefacción o la luz o llenar el depósito de gasolina, acaba siendo una



f fuente de preocupación e implica –en muchos casos– importantes sacrificios personales y familiares. Porque, en efecto, hay familias que no pueden afrontar esta situación de una manera prolongada y necesitan el apoyo continuo de los poderes públicos para paliar sus efectos económicos y sociales.

Todo el nuevo escenario que vivimos –la guerra, la situación económica y social, la inestabilidad y las tensiones en las relaciones internacionales– está causando en nuestra sociedad, lógicamente, una gran preocupación e incertidumbre. No podemos ignorar la seriedad de estos problemas, pero tampoco podemos renunciar a que las cosas puedan cambiar y mejorar.

Lo primero –y una vez más–, debemos tener confianza en nosotros mismos, como Nación. La transformación y modernización de España de las últimas 4 décadas, gracias al éxito de nuestra transición a la democracia y la aprobación de nuestra Constitución, avala esa confianza. Como también la justifica la superación de otras crisis económicas, sociales o institucionales que hemos vivido; la más reciente, la del Covid. Somos un país que, como ahora, siempre ha sabido responder –no sin dificultades ni sacrificios– a todas las adversidades, que no han sido pocas a lo largo de estos años.

Además de creer en nosotros mismos, en nuestra capacidad, necesitamos – siempre, pero más aún en tiempos difíciles– el mayor compromiso de todos con nuestra democracia y con Europa, con la Unión Europea, que son las dos columnas vertebrales sobre las que se asientan nuestro presente y nuestro futuro.

- Las democracias en el mundo están expuestas a muchos riesgos que no son nuevos; pero cuando hoy en día los sufren, adquieren una particular intensidad. Y España no es una excepción. Pero hay tres sobre los que quiero detenerme porque me parecen muy importantes: la división es uno de ellos. El deterioro de la convivencia es otro; la erosión de las instituciones es el tercero.

Un país o una sociedad dividida o enfrentada no avanza, no progresa ni resuelve bien sus problemas, no genera confianza. La división hace más frágiles a las democracias; la unión, todo lo contrario, las fortalece.

En España lo sabemos por experiencia propia. Nuestra Constitución, fruto del diálogo y del entendimiento, representa la unión lograda entre los españoles, como apuesta de futuro, de diversidad y de concordia, para una joven democracia. Hoy, con el paso de todos estos años, nuestros valores constitucionales están enraizados en nuestra sociedad; y son por ello la referencia donde los españoles debemos seguir encontrando la unión que nos asegura estabilidad,



cohesión y progreso. Y que nos garantiza una convivencia que, como he destacado a menudo, es nuestro mayor patrimonio.

Una convivencia que requiere en nuestra vida colectiva el reconocimiento en plenitud de nuestras libertades, junto al respeto y la consideración a las personas, a sus convicciones, y a su dignidad.

Que necesita guiarse por la razón; que demanda anteponer la voluntad de integrar frente al deseo de excluir.

En esa tarea, necesitamos fortalecer nuestras Instituciones. Unas Instituciones sólidas que protejan a los ciudadanos, atiendan a sus preocupaciones, garanticen sus derechos, y apoyen a las familias y a los jóvenes en la superación de muchos de sus problemas cotidianos. Instituciones que respondan al interés general y ejerciten sus funciones con colaboración leal, con respeto a la Constitución y a las leyes, y sean un ejemplo de integridad y rectitud. Y este es un propósito diario con el que las Instituciones debemos estar siempre comprometidas.

Creo que, en estos momentos, todos deberíamos realizar un ejercicio de responsabilidad y reflexionar de manera constructiva sobre las consecuencias que ignorar esos riesgos puede tener para nuestra unión, para nuestra convivencia y nuestras instituciones.

No podemos dar por hecho todo lo que hemos construido. Han pasado ya casi 45 años desde la aprobación de la Constitución y claro que han cambiado, y seguirán cambiando, muchas cosas. Pero el espíritu que la vio nacer, sus principios y sus fundamentos, que son obra de todos, no pueden debilitarse ni deben caer en el olvido. Son un valor único en nuestra historia constitucional y política que debemos proteger, porque son el lugar donde los españoles nos reconocemos y donde nos aceptamos los unos a los otros, a pesar de nuestras diferencias; el lugar donde hemos convivido y donde convivimos en libertad.

- Europa es el segundo compromiso al que antes me refería. Europa representó y representa para España también la libertad. Contribuyó a consolidar nuestra democracia, a potenciar nuestro crecimiento económico y nuestro desarrollo social.

Hoy, compartimos muchos de sus problemas y contribuimos a sus decisiones con nuestra propia personalidad y nuestros intereses. Los desafíos comunes a los que nos enfrentamos, desde los sanitarios a los financieros o los relacionados con nuestro modelo energético o medioambiental reciben soluciones



integradas en el marco común de la Unión Europea. Por ello, lo que se decide cada día en la Unión afecta –y mucho– a la vida cotidiana de todos los españoles. Esa es la realidad.

Somos Europa, pero también necesitamos a Europa, que es nuestro gran marco de referencia político, económico y social y que, por ello, nos ofrece certeza y seguridad. Estoy seguro de que el compromiso de España quedará reforzado con la Presidencia rotatoria de la Unión que asumirá el año que viene.

Decía al comienzo que vivimos tiempos, sin duda, de incertidumbre. Pero si el éxito de una nación depende del carácter de sus ciudadanos, y de la personalidad y el espíritu que mueve a su sociedad, debemos tener razones para mirar al futuro con esperanza.

Somos una de las grandes naciones del mundo, con muchos siglos de historia, y los españoles tenemos que seguir decidiendo todos juntos nuestro destino, nuestro futuro. Cuidando nuestra democracia; protegiendo la convivencia; fortaleciendo nuestras instituciones.

Debemos seguir compartiendo objetivos con un permanente espíritu de renovación y adaptación a los tiempos. Con confianza en nuestro país, en una España que conozco bien, valiente y abierta al mundo: la España que busca la serenidad, la paz, la tranquilidad; la España responsable, creativa, vital y solidaria. Esa España es la que veo, la que escucho, la que siento en muchos de

vosotros; y la que, una vez más, saldrá adelante. En manos de todos nosotros está.

Y ya finalmente, en esta noche tan especial, os agradezco mucho vuestra atención y junto a la Reina y nuestras hijas la Princesa Leonor y la Infanta Sofía, os deseo que tengáis una muy feliz Navidad y Año Nuevo.

Navidades: la auténtica Fiesta Nacional

Roberto L. Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

En España, la genuina Fiesta Nacional no es una sola, sino dos. Y no me refiero, desde luego, al 12 de octubre y al aniversario de la Constitución (¡ya me gustaría!), sino a los días 24 y 25 de diciembre. Solo esas fechas son comparables al Día de Acción de Gracias en Norteamérica, o al 14 de julio, cuando conmemoran los franceses el inicio de su Revolución.

Si una fiesta nacional es aquella en la que la totalidad de un país vibra al unísono, y late con un solo corazón, al margen, o más allá, de las conmemoraciones oficiales, nada es comparable en España a los días de Nochebuena y Na-



vidad. En una y otra fecha se celebran dos manifestaciones en las que participan docenas de millones de personas. En realidad, podría decirse, sin exagerar, que la inmensa mayoría del país. Es una manifestación inmensa, resultado de la suma de millones de micro-marchas familiares, que tienen un idéntico sentido y objetivo.

El 24, hacia las siete o las ocho de la tarde, comienza el gran desfile hacia la casa de los papás o los abuelos (o, en su caso, del hermano, de los tíos o los primos) en que va a reunirse la familia.

Los coches, para un viaje más cercano o más lejano (en este último caso habrá que tomar el portante en función de la distancia a recorrer), se llenan de la familia al completo, pero también de ese hermoso y dorado pollo asado, ese ollomol (*pagellus bogaraveo*) que huele a gloria, o de esa olla repleta de bacalao con coliflor que no se la salta un torero, a lo que hay que añadir las cajas de peladillas, mazapanes y turrone, además de los espirituosos: buenos caldos, cava e incluso, ¡que un día es un día!, un buen champán francés. Ya el coche embutido de la familia, viandas y bebercio, el llegar a destino es un placer: abrazos, besos (como si la pandemia fuera solo un mal recuerdo), intercambio de manjares y alabanzas a lo bonito que ha quedado el árbol, lo real que parece el nacimiento o ambas cosas a la vez. Cada cual saca su aportación culinaria al despliegue de manjares y ya hacia las diez comienza la cena de Nochebuena, que todos los años es igual, pero todos es distinta. Ni un alma

por las calles, las casas llenas, en una comunión nacional que no tiene en España parangón.

El día 25, a la hora del almuerzo, se repite la función, aunque algunos optan ya por salir de casa y celebrar la reunión familiar en un restaurante o una casa de comidas. Pero la historia es la misma: la familia reunida en torno a una mesa hablando de todo y nada al mismo tiempo, alabando lo bueno que está esto o lo rico que es aquello, feliz de volver a juntarse un año más y deseando que transcurridos 365 días pueda repetirse la función.

Nochebuena y Navidad no son dos días más del año: son siempre, y desde hace mucho tiempo, dos acontecimientos, que se preparan con cariño y con primor en el convencimiento de que nada nos une más que una tradición basada en el amor de la familia, tradición que nace de un hecho histórico (el nacimiento de Jesús) que ha marcado como ningún otro la cultura occidental.

La nueva huida a Egipto

Manuel Parra Celaya

Reluyendo los pasajes evangélicos propios de estos días, me he detenido en la consideración de las vicisitudes que pasó la familia de Belén en su momento, empezando por las lógicas e iniciales vacilaciones de José y su final confianza ciega en Dios, el viaje desde Nazareth para inscribirse en el censo en pleno embarazo de María, el parto en un miserable pesebre de animales y la huida a Egipto para salvar al Niño de la locura infanticida de Herodes. Y me ha dado en pensar que cualquier familia de nuestros días continúa sometida a situaciones, si no semejantes, sí paralelas; y que



conste que no me refiero a la carestía –que, según dicen, afecta ya a un 30% de las familias españolas–, ni a los dramas de los refugiados.

Está en puertas una ley que consagra no sé cuántos *tipos de familia*; concediendo, respetando y valorando las complejas situaciones de cada cual, creo que, en el fondo, ese proyecto encie-

rra una vieja estrategia que tiene como objetivo la *deconstrucción de la familia clásica*, que no es otra cosa que perseverar en los planteamientos del neomarxismo de Gramsci; como sabemos, este consideraba que había dos fuertes enemigos para batir, la Iglesia Católica y la familia, ambas ya muy *tocadas*. Esta estrategia fue continuada por sus seguidores, desde la *Escuela de Frankfurt* hasta Foucault, y, sin mucha necesidad de elucubrar, vemos que coincide con los propósitos de la Globalización neoliberal.

Ese neomarxismo gramsciano sustituía el envejecido mito de la lucha de clase por el de la *hegemonía cultural*; según su teoría, se debía abatir, no tanto la *infraestructura social* (tarea secundaria que hoy desempeñan las centrales sindicales *oficiales*), como la *superestructura* (cultura, tradición, valores heredados, instituciones...), cuya caída aseguraría el triunfo de la verdadera revolución.

Así pues, la familia era un obstáculo para estos fines, ya que en su seno se transmiten de generación en generación los valores esenciales, encierra vínculos afectivos muy fuertes y es la primera institución educadora en los primeros años de los hijos; no es menos importante la idea de autoridad, encarnado en el padre y en la madre, que debe ser abatida a conciencia, cosa que en mucha medida ya se ha conseguido en el seno de nuestras sociedades.

La estrategia para *deconstruir* la familia es constante mediante una serie de recursos que están en la mente de todos: presentarla como una *institución del pasado*, caduca y susceptible de adaptarse a otras formulaciones más *modernas*, acusar la influencia del nocivo *heteropatriarcado* y, sobre todo, sustrayendo a los niños de la influencia de sus padres, con un constante adoctrinamiento, sea en la escuela intervenida o a través de la *enseñanza informal* de los medios de difusión y propaganda del Sistema, una y otra en manos de los *intelectuales orgánicos*, también en expresión gramsciana. De este modo, la familia *tradicional* es presentada como un *constructo social* (como el sexo), que debe ser *liberada* de todo marco normativo que no sea el *oficial* preceptivo.

Asimismo, los vínculos sociales y afectivos de la familia deben ser sustituidos



por la preponderancia de las *tribus* o por la inclusión de los hijos ya mayores en una de esas *minorías oprimidas* que tanto abundan. Y, sobre todo, la deconstrucción de la familia debe ir precedida por la *deconstrucción del amor*, ese amor que da lugar a la creación familiar y que debe ser reemplazado por la *geometría variable* de afectos, inclinaciones y tendencias, que, en el mejor de los casos queda reducido al *amor*

líquido, en acertada expresión de Bauman.

Como aquella humilde familia de Nazareth que se vio obligada a huir a Egipto para escapar de la tiranía del sátrapa Herodes, las familias actuales tienen también que llevar a cabo una fuga, ya no a un país acogedor (la Globalización ha eliminado cualquier reducto libre y a salvo de la tiranía del Sistema), sino *hacia sus propios fundamentos* de origen y, también, en alianza estrecha con otras familias que compartan esos valores esenciales y los quieran llevar a la práctica en el día a día.

De hecho, el retorno a estos fundamentos solo puede hacerse si somos capaces, no solo de cambiar un gobierno que constituye una punta de lanza en esta ofensiva contra la familia, sino presentando un apretado frente en la *batalla cultural* contra ese Sistema que impulsa la deconstrucción de la institución familiar.

No hará falta para ello que vengan los ángeles en sueños para avisarnos del peligro, pues las evidencias están al alcance de todos. Quizás sí haya que invocar a un *Ángel Custodio* de la familia y de los niños, a los que se quiere privar también ahora del significado de la Navidad, como afirmaba en un reciente artículo.

Vete ya

José María Nieto Vigil (*Diario Palentino*)

Estoy hasta los perendengues –por no decir un exabrupto o improprio de mayor calado y de dudoso gusto– de aguantar la altanería y desprecio de nuestro ínclito presidente hacia el estado de derecho que nos asiste. Su menosprecio y desdén, su indiferencia a la crítica y el despego hacia la división de poderes, es mucho más que un simple y recatado desaire, es un vilipendio y una burla inaceptable e intolerable. Su actitud, obscena y en extremo arrogante, es una afrenta y una fragante humillación para muchos de sus compatriotas que contemplan, anonadados y estupefactos, los juegos de malabares con los que pretende mantener su poltrona en la Moncloa.

Obstinado y sabedor de los inciertos resultados electorales de las próximas convocatorias para sus espurios intereses partidistas –personales por descontado–, consciente de la necesidad de sumar la voluntad de sus oportunistas cómplices políticos, deshonra la más elemental ética política democrática. Créanme si les confieso que mi hartazgo alcanza proporciones bíblicas. Sin embargo, impasible e impertérrito, aguanta decidido, frío, indolente y sereno el envite de la oposición y de la opinión pública, profundamente contrariada y agraviada con tanto desafuero y latrocinio perpetrado contra nuestra maltratada Patria.



Mi ferviente y ardiente deseo –de hecho lo pediré en la carta dirigida a los Reyes Magos de Oriente– es que termine este suplicio de la XIV Legislatura, que el preludio de una derrota electoral incontestable sean las próximas elecciones municipales y autonómicas, comienzo del epílogo de un periodo histórico aciago y desafortunado para España. Sin embargo, no estoy muy convencido de hacer realidad mis fantasías personales, sobre todo si tenemos en

cuenta el perfil de nuestro jefe de gobierno del todavía Reino de España. Para entender al personaje, mal que me pese, les recomiendo encarecidamente la lectura de *Manual de resistencia*, biografía escrita por Irene Lozano.

De momento –triste consuelo– espero que nuestra lotería sea la de una próxima mudanza en el palacio de la Moncloa. Les deseo Felices Fiestas.

La copa de Tezanos

De la fiabilidad de las encuestas de Tezanos da cuenta su historia. No ha dado una. Recuerdo que en las elecciones de mayo de 2021 en la Comunidad de Madrid el error fue de bulto. Por ello Isabel Díaz Ayuso puede estar tranquila con este último sondeo. Resultará tan ridículo como el anterior

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Do me refiero a las para mí desconocidas habilidades deportivas de José Félix Tezanos, director del CIS, Centro de Investigaciones Sociológicas, antes Sociológicas, que le hubiesen podido llevar a ganar una copa en cualquier especialidad sino a la maldita copa de no se sabe qué licor que le condujo a publicar el último sondeo electoral. El levantamiento de codo del sociólogo de cabecera del PSOE ha sido significativo. No acierto a achacar a algo diferente que apadrinase el sondeo electoral sobre las elecciones autonómicas y municipales del próximo mayo.

Tezanos es un tipo fiel a los suyos, lo que le honra, pero no tengo claro que no sea algo parecido a una forma de malversación que se emplee dinero público para tal fin. No digo, Dios me libre, que Tezanos malverse, y menos con la última reforma del delito, sino que no lo veo claro. Si cumplierse esa función de



masajista del socialismo desde una fundación de su partido o desde una empresa privada lo digeriría mejor, pero con dinero de los españoles, desde un presupuesto que fue inflado no hace mucho, me cuesta trabajo asimilarlo.

La casualidad, que existe aunque yo no crea demasiado en ella, ha hecho que dos de los arietes de Sánchez sean tocayos. Bolaños, el diseñador de la estrategia de acoso al Tribunal Constitucional por vía de enmiendas a una norma que nada tenía que ver con el fondo de la cuestión, lo que concluyó en reiterado pronunciamiento adverso al gobierno, y Tezanos, el encuestador de guardia al servicio de quien le nombró, le paga y designó a su nuera delegada del Gobierno en Cantabria.

Esta profesional es conocida por el plagio de dos capítulos de su tesis doctoral, ya publicados por ella y su pareja, circunstancia que no menciona la tesis. Menos grave que el caso de la tesis de Sánchez pero todo se pega.

La encuesta de Tezanos es impresentable por más de un motivo y no el menor las amplísimas horquillas en las previsiones mínimas y máximas que llegan en algunos casos a quince escaños, lo que hace que todo sea posible. Si todo es posible, aunque Tezanos se apunte a las opciones más favorables a los suyos ¿qué fiabilidad tiene el sondeo? Como vía para tranquilizar a su amigo el presidente el chanchullo tiene sentido pero si hablamos de rigor científico cero patatero.

De la fiabilidad de las encuestas de Tezanos da cuenta su historia. No ha dado una. Recuerdo que en las elecciones de mayo de 2021 en la Comunidad de Madrid el error fue de bulto. Por ello Isabel Díaz Ayuso puede estar tranquila con este último sondeo. Resultará tan ridículo como el anterior y Tezanos se lo tomará con la misma calma que tras el resultado de las elecciones de 2021. Él, a lo suyo. Supongo que Tezanos no pensará vivir un día de organizar encuestas porque no ha sumado reputación en su paso por el CIS. Y lo que siento es que lesiona el prestigio de un organismo que hasta él, con gobiernos de distinto signo, tenía una inmejorable reputación en Europa.

Tan grave como la manipulación que hace Tezanos de los sondeos cocinán-



dolos a su capricho es la sumisión de ciertos medios, convenientemente engrasados. Por ejemplo al informar de los debates Sánchez-Feijóo en el Senado. Se ocultó un aspecto definitivo que no se hubiese soslayado en un debate parlamentario entre el jefe de Gobierno y el jefe de la oposición en cualquier Parlamento europeo: Sánchez no contestó a las pre-

guntas directas de Feijóo. Nunca lo hace. Se fue por las ramas. Eso en democracia es anormal. Sánchez se dolió de insultos de Feijóo que no existieron; quien insultó fue él. Tuvo el cuajo de acusar a Feijóo de «enmudecer a las Cortes Generales» cuando el Tribunal Constitucional consideró inconstitucional el silencio al que Sánchez condenó al Parlamento durante la pandemia. Y toda su tropa le aplaudió. Con el estómago.

PD.- Juan Carlos Monedero comparó la decisión del Tribunal Constitucional con el 18 de julio de 1936, el inicio de la guerra civil. Encantado siempre de hacer alarde de sus conocimientos profesoraes, sin embargo a Monedero se le ocurrió situar en aquella fecha a Alcalá-Zamora como presidente de la República. Lo era Azaña desde el 11 de mayo. Hay que ir desmontando a tantos «enterados oficiales».

La fiscalidad, ejemplo del mal quehacer sanchista

Muchos consideramos que Pedro Sánchez está invadiendo el terreno de la Constitución y rompiendo los consensos básicos que han regido la vida democrática española desde 1978

Ignacio Ruiz-Jarabo (*Vozpópuli*)

Somos muchos los que consideramos que el sanchismo se caracteriza por un amplio conjunto de defectos de muy diversa naturaleza cuyo efecto global es absolutamente pernicioso para España. Un buen ejemplo se encuentra en todo lo que concierne a nuestra Hacienda, cuya gestión está repleta de todos los males que hacen deficiente a una gestión de gobierno. Merece la pena comprobarlo.

Muchos consideramos que Pedro Sánchez ha colocado en puestos de responsabilidad a personas carentes de la mínima capacidad imprescindible para ejercerlos y, sin duda alguna, nombrar a María Jesús Montero como ministra



de Hacienda es buen ejemplo. No es necesario extenderse en demasía para demostrar su carencia de los conocimientos básicos precisos para ejercer el puesto que desempeña. Y no lo es porque ella misma se encarga de evidenciarlo frecuentemente cuando da rienda suelta a su peculiar verbo, aunque en ocasiones tenga que ayudarse

de envases de pastillas refrescantes para intentar explicar lo que no sabe expresar con palabras.

Muchos consideramos que la política de reformas legales de Sánchez está inundada de agresiones a la técnica legislativa y al debate parlamentario, pero la invención del Impuesto sobre las Grandes Fortunas es un evidente paradigma de lo anterior. Crearlo mediante una enmienda a la proposición de ley por la que se crean otros dos nuevos impuestos –los que van contra las empresas energéticas y bancarias– impidió que el nacimiento de aquél haya contado con los informes consultivos adecuados y ha provocado que su tramitación parlamentaria resultara mutilada sobre la que corresponde a la creación de una nueva figura tributaria.

Muchos consideramos que la acción política de Sánchez incluye múltiples y constantes rendiciones a los socios parlamentarios que le permiten permanecer en La Moncloa. Que la Hacienda Pública española haya cedido a la exigencia localista vasca –sea del PNV, de Bildu, o de ambos– entregando a las Diputaciones Forales de las provincias vascongadas la gestión del antes reseñado Impuesto a las Grandes Fortunas es una manifestación concreta de la conducta general que caracteriza las decisiones del Gobierno. Y pronto co-

noceremos cómo vuelven a utilizarse las vacaciones fiscales por los Gobiernos locales favorecidas por Sánchez aprovechándose de unas competencias de las que no disponen el resto de las Comunidades Autónomas.

Muchos consideramos que la gestión de Sánchez está ayuna de las bases más elementales que conforman la ética política y la moral pública. Y una buena demostración de esta ausencia viene representada por la espuria utilización de la inflación como impuesto, pues la decisión de no deflactar el IRPF constituye la más ignominiosa prueba del uso ilegítimo del poder tributario del Estado. Nada más arbitrario y autoritario que aprovecharse del alza general de los precios que castiga a la totalidad de los españoles para saquearnos impunemente a todos nosotros con un impuesto –la inflación– que no es aprobado por el Parlamento, que carece de cualquier regulación, que no está sometido a ningún control y que se recauda sin ningún esfuerzo por parte de la Hacienda Pública.

Muchos consideramos que el deseo del Gobierno de Sánchez es disponer de una Administración Pública domesticada que se pliegue servilmente a los designios del poder político. El proyecto de utilizar el acuerdo suscrito entre Gobierno y sindicatos para permitir entrar por la puerta de servicio en el cuerpo de inspectores de Hacienda a aquellos que no han sido capaces de superar las actuales pruebas exigidas para serlo así lo demuestra. Si se ejecuta lo proyectado, el Gobierno dispondrá de un cuerpo político represor



que, sin el límite de la profesionalidad basada en una selección respetuosa con el mérito y la capacidad, podrá utilizar para amenazar y castigar económicamente a todos los que quiera.

Muchos consideramos que Pedro Sánchez está invadiendo el terreno de la Constitución

y rompiendo los consensos básicos que han regido la vida democrática española desde 1978. Así lo ha hecho en el campo tributario al invadir las competencias autonómicas en materia de imposición patrimonial, reduciendo su autonomía fiscal y vaciando de contenido las decisiones adoptadas por las Comunidades Autónomas. El ya citado Impuesto sobre las Grandes Fortunas es fruto de esta praxis anticonstitucional y por el que, además, la Hacienda estatal se apropiará indebidamente de los incentivos fiscales que a los contribuyentes les han concedido sus Gobiernos territoriales.

Muchos consideramos que Sánchez y su Gobierno no respetan el orden judicial español. Una buena muestra la tenemos en lo actuado en relación con los registros domiciliarios de la Agencia Tributaria. Tras sentenciar el Tribunal Supremo con una cuidadosa argumentación que los que venía realizando el citado organismo eran ilegales por carecer de la cobertura legal suficiente,

declarando que ésta exigía una regulación por ley orgánica, el Gobierno impulsó, y consiguió que se aprobara, una reforma legal para amparar los reseñados registros. Pero, contraviniendo lo sentenciado por el Alto Tribunal, no lo hizo por ley orgánica sino por una ordinaria. Desatender así lo dictado en ejercicio de creación de doctrina por el Supremo indica hasta qué punto Sánchez desprecia cualquier otro Poder que no sea el suyo.

Muchos consideramos que el Gobierno realiza sus previsiones económicas con la misma falta de rigor y de fiabilidad con la que Tezanos realiza las electorales. Esta flagrante ausencia de consistencia previsoras concurre también cuando se prevén los resultados de los nuevos tributos que se crean. Así, constatar la recaudación efectiva que han generado las llamadas tasas Tobin y Google y compararla con la que previó el Ministerio de Hacienda se asemeja al resultado que se obtendría si se comparase a Pedro Sánchez con Felipe González.

No son «progresistas» son reaccionarios

Si un magistrado, un periodista o un camarero defiende los principios de la democracia liberal, será progresista en el genuino sentido del término; si los ataca no será conservador, sino reaccionario

Carlos Martínez Gorriarán (*Vozpópuli*)

Conseguir imponer el lenguaje interesado en modificar el significado de las ideas fundamentales es una de las batallas políticas más importantes y antiguas de la historia. La credibilidad propia y la incredulidad ajena dependen de su éxito. Si se controlan los medios y canales de comunicación ganar esa batalla es relativamente sencillo, y mucho más si quienes presumen de independientes entran en el juego y adoptan el lenguaje del poder, que siempre juega con ventaja.

Controlar las palabras es controlar el poder

Controlar el lenguaje es importante porque las palabras llevan consigo -como connotaciones o metonimias- significados que interesa imponer. Usar ciertas palabras en ciertos contextos, en lugar de otras, construye el marco de referen-



encia que el poder de turno elige como más favorable para sus intereses, sean estos vender lotería de Navidad o exterminar grupos sociales enteros. No hace falta remontarse al manido ejemplo de Goebbels: podemos remontarnos a los faraones y los emperadores chinos o romanos para en-

contrar ejemplos muy venerables de esta forma de imponer a los demás el

marco cognitivo: todo lo que tiene nombre existe, y viceversa, lo que no tiene nombre no existe (por eso los nacionalistas se niegan a decir España e imponen fórmulas ridículas (como «deporte del Estado español») y su propia nomenclatura: para hacernos desaparecer).

Funciona siempre. Hasta el punto de que buena parte de la batalla por la libertad consiste, precisamente, en cambiar el lenguaje del poder despótico e introducir el propio, por ejemplo sustituyendo vasallo por ciudadano, sumisión por libertad o tradición por historia. Y viceversa, una tiranía totalitaria puede instaurarse a velocidad de vértigo imponiendo sus palabras, como explicaron maravillosamente Victor Kemplerer para el nazismo o Georges Orwell para el comunismo. Una diferencia capital entre tiranía y democracia es que la primera no admite, e incluso prohíbe, lenguajes contradictorios al oficial, mientras la segunda necesita lenguajes plurales que estimulen la libre discusión.

Estos días estamos viviendo una clara demostración de cómo funciona la manipulación política del lenguaje con el asalto de Sánchez y sus socios al Tribunal Constitucional y el Poder Judicial. Y me refiero al extendido vicio de lla-



mar «progresistas» a los jueces y magistrados al servicio de los intereses de Sánchez, y «conservadores» a los discolos. Es cierto que esta división maniquea –que debería avergonzar incluso a un escolar, pero no a tantos periodistas estrella–, viene de muy atrás, de los nefastos manejos de los

partidos para repartirse el Poder Judicial (con la connivencia, hay que decirlo, de las principales asociaciones judiciales).

Cada vez que un medio de comunicación llama «conservadores» a los magistrados que defienden la Constitución y «progresistas» a los que la derogan (de Conde Pumpido a Martín Pallín, pasando por una aburrida legión de catedráticos), están, quieran o no:

- A. Dando por bueno el reparto oficial de papeles, donde solo la izquierda, la suya, es progresista, y el resto «conservador», cuando no golpista o fascista.
- B. Invertir el significado de «progresista» y «conservador», atribuyendo a la primera la oposición a los principios de la democracia (gobierno de poder limitado por leyes y contrapesos, separación de poderes, Constitución como ley de leyes, derechos sagrados de las minorías), y a la segunda poco menos que un fascismo vergonzoso.

Pervirtiendo significados

Es decir, invirtiendo el significado genuino de los términos invierten el marco cognitivo de la sociedad, que es el sistema de significados (y valores asociados) de las palabras, como si «frío» pasara a ser «caliente», y viceversa. Desde

la Ilustración, que inventó el concepto con la obra de Turgot, Kant y algunos otros ilustres olvidados hoy, progreso ha significado algo muy concreto: aumentar el conocimiento, la calidad de vida material y, sobre todo, mejorar la libertad e igualdad política y social.

Pues bien, gracias a la batalla del lenguaje que van ganando los enemigos de Ilustración y liberalismo por desistimiento o ignorancia, es decir las corrientes comunistas, colectivistas, tradicionalistas, nacionalistas e iliberales en general, la palabra progreso ha dado un giro de 180°: ahora se usa para calificar positivamente a los partidarios de dictaduras y dictablandas, de la cubana a la chavista pasando por la china y por la dictablanda que persigue Sánchez



según las directrices del Grupo de Puebla, ese club de la infamia y de la exaltación de la miseria como progreso social.

Cada vez que un telediario, una tertulia o una portada de periódico utiliza la división «progresistas» versus «conservadores» invirtiendo el significado histórico de ambos conceptos

–es decir, docenas de veces al día–, contribuyen a la demolición de los principios de la democracia liberal. Si un magistrado, un periodista o un camarero defiende los principios de la democracia liberal, será progresista en el genuino sentido del término; si los ataca no será conservador, sino reaccionario. La batalla de fondo actual es entre progreso ilustrado y reacción despótica. Quienes trabajan contra la división de poderes y la independencia de la justicia, y a favor del poder ilimitado del Gobierno, son reaccionarios que pretenden restaurar el sistema autoritario anterior a las revoluciones liberales desempeñadas entre 1776 y 1848 (incluso a la Gloriosa Revolución inglesa de 1668). En resumen: los magistrados que defendieron al Gobierno en el Tribunal Constitucional en la votación del lunes pasado son reaccionarios, no progresistas, y mientras que los progresistas defendieron la Constitución.

No es triunfo menor de la izquierda reaccionaria que la propia derecha que presume de liberal haya renegado del concepto ilustrado de progresismo y use «progre» como término peyorativo. Uno ya sabe a estas alturas que poco cabe hacer al respecto, salvo ejercer esta crítica para minorías, pues en los grandes medios de comunicación e instituciones públicas y privadas la batalla del lenguaje realmente correcto, unida a la de las ideas correctas, es una batalla casi siempre perdida. Porque es infinitamente más cómodo y gratificante explicar una crisis brutal de la democracia como una final de la Liga BBVA entre Real Madrid y el Barça, asumiendo el papel de árbitro que impide pegarse a los jugadores y al público exaltado (como nosotros). En cambio, empeñarse en combatir la estrategia de confusión e inversión del lenguaje y las ideas está severamente penalizado. También lo digo por experiencia, pueden creerme (o no, también esto está perdido).